

## GALICIA

# Con aliento, con firmeza, con convencimiento

POR MANUEL GUEDE OLIVA \*

**A**proximarnos, en urgente revelado, al retrato de lo que vino siendo la última década del teatro profesional gallego, es hacerlo, necesariamente, de su Centro Dramático. Para bien o para mal o incluso para todo lo contrario, esta Unidad de Producción Institucional se ha convertido en el referente inexcusable sobre el que se vino articulando cualquier tipo de análisis y sus correspondientes metáforas de la realidad teatral de nuestro país. Y lo ha sido con fervor y pasión, tanto por parte de los que afirmaban su conveniencia como de aquellos otros que consideraban imprescindible otra definición de prioridades. Nadie, nunca, en la profesión, se mantuvo alejado de este debate que nació en la palpitación y en la efervescencia de sobrevivir en los estrechos márgenes de una resistencia cultural que, por serlo, reclamaba trienios y derechos retroactivos. Posiblemente todo esto, formulado así parezca un tanto críptico, pero a mí de tanto repetirlo ya me suena a batallas del abuelito.

Es preferible imaginar que un proyecto de Teatro Nacional, (el que fuese), concitaría, en sí mismo, tanto compromiso y tanto criterio diverso, que poner en marcha una empresa, (la que fuese), destinada a ir definiendo, desde su propio rumbo, las líneas maestras de aquel proyecto de Teatro Nacional, provocaría controversias y suscitaría legítimas e imprescindibles escarpeladas. Y aún así, y tal vez por eso, parece conveniente aceptar, por nuestra propia estima y por la consiguiente consideración de respeto que nos debemos a nosotros mismos que, en condición de fragua y de crisol, esa circunstancia de Centro Dramático como referente nacional, nos con-

gratula, puesto que, al fin y al cabo, conviene siempre recordarnos que la creación y cimientos de los Teatros Nacionales a lo largo de su historia y su adjetivación posterior, no tenían más fin que apuntalar un pueblo y erigir el gran templo de la nación.

Así pues y por eso mismo, el buque insignia, la nave capitana del Teatro Gallego nació, creció y permanece sometida al ojo del huracán. Se sospecharía que de este modo es difícil darle garantías a la tripulación, pero es lo cierto que el Centro Dramático Gallego cada día, cada mes, cada año que pasa, posiblemente ya ejercitado en el duro oficio de la marejada, propone motivos y confronta propuestas que hablan sobradamente de consolidación y lo que es todavía más normalizador: propicia la madurez del teatro profesional gallego en su conjunto.

Porque, aunque sea una obviedad volver a repetirlo, el que sigamos legitimados como pueblo, el que permanezcamos unidos por un idioma, el que continuemos emocionándonos desde miradas propias, no deja de ser, a tenor de la historia de Galicia, un milagro o algo parecido. Por esa razón, y aunque en algunos pasajes de esta última década, el teatro gallego pareció olvidarlo y ensayó extrañas filigranas de colonizados, la realidad es siempre terca y siempre se empeña en retornarnos al punto de partida: porque tenemos este país tenemos este teatro (y viceversa).

Y es desde ese compromiso ético desde donde el Centro Dramático Gallego viene formulando su trazado actual. Posiblemente nunca dejó de hacerlo desde el año 1984, pero, en cualquier caso, justo es reconocerlo, jamás lo había anunciado con el aliento, la firmeza y el convencimiento con que hoy se propone. Ciertamente para que se hiciese posible acaso se necesitaron ciertas contingencias que no preci-

\* Director de Escena. Director del CDG.



**"Nin me abandonarás nunca", de J. G. Posada y L. de Gálvez. Dirección: Manuel Guede. CDG (1995). (Foto: Novoa).**

san enumeración y a la que no son ajenos episodios que un principio básico de cortesía nos invita a olvidar. Y sin embargo, por ese mismo talante de crianza, es imprescindible, desde este retrato de una década, rescatar los nombres de Eduardo Alonso y de Damián Villalaín. Profesionales que, en su momento, tuvieron en sus manos la responsabilidad del Centro Dramático.

Eduardo Alonso fue el encargado de poner en marcha las bases inaugurales del proyecto y a él se debe toda la ideación que desde el 84 hasta el 94 vino conformando su modelo.

A Damián Villalaín le correspondió en suerte tomar el timón en un tiempo difícil e incierto, porque ni la herencia recibida ni la respuesta inicial por parte de la profesión auguraban para él una gestión de eficacia: su prudencia e inteligencia se encargaron de vencer recelos y presentar un corolario de eficacias.

Y justamente conviene resaltar que los mejores balances del Centro Dramático Gallego, aquellos en donde

se produce una natural y proyectiva confluencia entre actor y público, han coincidido siempre con momentos en donde la gestión venía definida por planteamientos alejados del sectarismo, de la práctica nepótica y del ombliguismo.

Si uno se detiene a relacionar los nombres de actores, directores, escenógrafos, iluminadores, figurinistas, etc, que han tenido ocasión de trabajar en el Centro Dramático Gallego a lo largo de sus doce años de existencia y lo coteja con la nómina del teatro profesional de Galicia, la conclusión incontestable determina la profunda vocación democrática del Teatro Institucional Gallego. Nadie ha permanecido fuera. Con más o menos oportunidades todo el mundo le ha entregado parte de su talento y geografías de su imaginario al Centro Dramático. Y esta realidad parece ser olvidada por parte de algunas voces críticas que quieren empeñarse en marcar una línea divisoria entre el Centro Dramático Gallego y la propia profesión que lo sostiene. Como si el resultado artístico, como si las propuestas escénicas que presenta fuesen realizadas por extraños individuos que pervier-



«A fiestra valdeira», de Rafael Dieste.  
Dirección: Xulio Lago. CDG (1994).

ten norte y poética en el mismo instante en el que firman su contrato con el Teatro Institucional, y no los mismos esforzados que en el interior de sus compañías o en el paro defienden, con uñas y dientes, un lugar al sol de un país normalizado teatralmente.

Hace dos años que el Centro Dramático Gallego cumplía su primera década de existencia. Quiso entonces recordarlo con la publicación de un volumen en donde, a modo de inventario, se presentaba la trayectoria de la Compañía Institucional. Este catálogo daba cuenta desde el *Woyzeck* de Büchner, con dirección de Xulio Lago hasta *Leoncio e Helena* del propio Büchner, con dirección de Anxeles Cuña, del amplio recorrido de la década, en donde ni siquiera el doblete autoral del alemán había sido fruto de ninguna coincidencia. Treinta y cuatro montajes, bajo la fórmula de producción propia o coproducción con compañías profesionales gallegas era el balance presentado, junto a una serie de actividades complementarias en donde el aspecto formativo no era, en absoluto, desdeñable. Habría que añadir desde entonces seis nuevas

producciones para completar los cuarenta proyectos escénicos que, de una forma u otra, con más o menos fortuna, corroboran la biografía teatral del Centro Dramático a día de hoy. Cuarenta producciones. Cuarenta títulos. Cuarenta sueños sobre los que cada quien establecerá sus preferencias. Y eso es, precisamente, lo esencializador de un teatro público: la irrenunciable voluntad democrática, el ejercicio de la pluralidad que permita, pues existe por ello, la consolidación de poéticas, no la creación de las mismas.

Y es esta una reflexión que, si bien resulta pertinente para cualquier Centro de semejantes características, comparece en Galicia con particular importancia, inferida de nuestra escasa tradición escénica: construir un espacio teatral público que afirme su objetivo en la dinamización de la vida de las artes escénicas, sin perder de vista dos aspectos cardinales. El primero, que está pagado por todos los contribuyentes —desde Burela a Verín—. El segundo, que su propio presente no contradice la necesidad de asumir cualquier nivel de riesgo artístico.

En los últimos años el Centro Dramático Gallego ha optado por llenar de contenido su propia memoria siendo fiel a la memoria de aquellos que escribieron, con las palabras de la tribu, en tiempos destinados a que su escritura fuese condenada al silencio escénico. No es una cuestión de gratitud ni siquiera de reconocimiento o de homenaje. Nada tiene que ver con la arqueología ni con la prehistoria. Tiene que ver con nuestra propia condición de pueblo y de nación aquí y ahora. Y ya que no lo voy a decir mejor que Elliot, lo cito: «de todo lo que se hizo en el pasado, comeis el fruto». Saber que es lo que se hizo en el pasado, en nuestro pasado teatral, no deja de ser una imprescindible práctica de sentido común, simplemente, para saber cuál es el nombre del fruto que nos alimenta. Era, sin duda, una geografía por descubrir y que tal vez coincide, en el tiempo, con una más amplia y lúcida estrategia colectiva que, en este fin de siglo, está empeñándose en repensar las raíces de Galicia no desde el arrobamiento y la consigna esquemática, sino desde el rigor y la alianza con las luces de la inteligencia.

De Alvaro Cunqueiro a Otero Pedrayo, de Castelao a Rosalía de Castro, de Eduardo Blanco Amor a Rafael Dieste, de Cabanillas a Cotarelo Valledor, todos ellos existieron para hacernos existir a nosotros. A lo mejor, yo no lo creo, sus dudas, sus maneras de entender Galicia ya no son las nuestras, su modo de transcender el paisaje y de proponer el sueño ya no nos pertenecen, o ignoramos la fórmula para hacerla nuestra. Pero conviene saberlo o interesa desvelarnos y encontrar el camino que nos permita intervenir en aquella mirada. Se supone que encontrarla es síntoma de madurez. En cualquier caso, es necesario confesar que cuanto más se progresa en todo esto menos lejanos nos parecen aquellos universos que, tal vez por ignorancia, algún día lleguemos a despreciar considerándolos precarios o aprendices.

Y este proyecto de rescate nacional no declara «gaiteirismo inútil» ni patrióticas rancheras. Al contrario, dialoga y contrasta su voz con las voces que no admiten dudas, se llamen Büchner, como queda indicado, o Goldoni, Chéjov o Synge, Shakespearo o Pirandello, Oscar Wilde o Lorca... y no sólo lo afirma desde el interior de su dirección escénica sino que, en ejemplar interlocución, invita a Ricard Salvat, a Pere Planella o a Mario Gas y les propone el ejercicio de la patria universal. Y por eso estos nombres ya van a quedar vinculados en la historia del teatro gallego a magníficas propuestas escénicas que se llamaron, por este orden: *O incerto señor don Hamlet* de Alvaro Cunqueiro; *A lagarada* de Otero Pedrayo; y *O mozo que chegou de lonxe* de J. M. Synge.

Y el diálogo no sólo se ha planteado en términos de recuperación. El Centro Dramático Gallego ha encendido los focos para iluminar textos de autores contemporáneos gallegos: Francisco Taxes, Vidal Bolaño, Fernán Vello, Xosé Cermeño o Roberto Salgueiro.

Estamos en vísperas de estreno. El día doce de marzo, esta vez en la ciudad del Ferrol, el Centro Dramático Gallego comparecerá delante de un público que, azaroso y nocturno, confrontará su mirada y su biografía con la grandeza

y la singladura de quien ha escrito una de las páginas más hermosas y más desconocidas de la Historia de Galicia: Prisciliano, heresiarca asesinado en Tréveris en el siglo IV por la intolerancia de la Iglesia Romana. Un autor gallego, Cotarelo Valledor, escribió en 1924 un texto titulado *Hostia* para proclamar en aquel obispo su condición de «víctima inocente». Es muy probable que el noventa por ciento de la población de mi país ignore quién fue Prisciliano y tal vez un porcentaje más elevado desconozca al maestro Cotareto Valledor. Esta vez la dirección del montaje corresponde a Manuel Lourenzo, el decano de nuestros directores de escena. Manuel Lourenzo repite con mucha frecuencia, y falta hace, una reflexión que Isaac Díaz Pardo, entre las mentes más lúcidas de Galicia, declara con pasión y sabiendo bien lo que se juega: «de lo que se trata en Galicia es de salvar la memoria».

En ese envite el teatro gallego ha empezado a tener voz. De su eficacia, de su proyección social muchas otras son las circunstancias que la pueden o no multiplicar. Pero esta es ya historia de otra década. O tal vez sea la historia entera de Galicia.



“Leoncio e Helena”, de G. Büchner.  
Dirección: Anxeles Cuña. CDG (1993).